



Las mañanas siguientes

El Financiero, 17 de junio de 2021

Un juego de abalorios es lo que elecciones como las de junio nos deparan. Sin programas ni alternativas de parte de voz política ninguna, las opciones quedan en manos del gobierno y, así, temas tan delicados como las finanzas públicas están entre los hombres de las cumbres y sus exegetas, así como de quienes tienen la responsabilidad de conducir los negocios públicos desde el gobierno.

La señora Buenrostro puede presumir, con razón, de un buen desempeño en su encargo de la administración tributaria, pero de ninguna manera es suficiente para sostener los dichos sobre una política fiscal que, curiosamente, postula una reforma que no reforma lo principal: las tasas y, agregaría yo, los tramos definidos para que el cobro de tributos sea lo más efectivo y justo posible.

Por ahora, incluso si los planes tienen buenos resultados y la recaudación aumenta sin hacer los cambios y ajustes necesarios, el panorama social y productivo del país que asoma tras la desgracia económica y laboral dejada por la pandemia es causa suficiente, o debería serlo, para un decidido, si bien progresivo, cambio en la orientación de la política económica y social.

Urge desatar una mayor y más consistente participación estatal en los procesos de inversión y financiamiento para hacer de la recuperación una real palanca para empezar a construir un nuevo curso de desarrollo para México. Esto es lo que nos urge a todos, aunque el rumbo se nos haya perdido bajo la tormenta. El presidente se empeña. Lo suyo es convencer de que el signo de los tiempos mexicanos, para recordar a Fuentes, es que las cosas ya no son como antes, que el país se enfila a un cambio de régimen político y económico. Pero las cosas



del querer y del poder, junto con datos e indicadores que permiten delinear la realidad del cambio trazan otro escenario, uno donde la economía y su rutina remiten a un “más de lo mismo” pero con menos, si ponderamos los gastos públicos con una población que no deja de crecer ni de registrar carencias.

El eslabón perdido está en la economía que no funciona y, dentro de ella, en la penuria estatal que no está a la altura de la circunstancia que han dejado una epidemia pavorosa y un largo y tortuoso cuasi estancamiento que ha redundado en un empleo precario y mal retribuido, peor cuidado y atendido por la autoridad y tratado muy mal por la patronal.

Los datos y sus proyecciones, por más prematuros que parezcan, describen un México social plagado de necesidades no satisfechas y sin satisfactores a la vista, con más pobreza laboral, como la define CONEVAL, y más “subutilización” del trabajo como la describe INEGI. No está a la vista la enmienda, que empieza por un crecimiento económico superior al histórico; por su parte, la conformidad gubernamental ante sus propias y delicadas flaquezas, indican que por la sola vía de “bienes públicos” no se corregirá la situación.

A más de cuarenta años de iniciada aquella ruta de crecimiento y expansión que nos llevaría a una flamante economía abierta y de mercado, proclamada como punto menos que panacea por los hombres del presidente y su jefe máximo, tenemos que reconocer que no cumplió lo que prometían sus oficiantes y que volver a lo básico, como ayer predicaban, no es sinónimo de mercados globales y apertura sin fin al capital externo.

Enrique Provencio ha señalado que nos aqueja “otra anomalía”, porque cuando el mundo, en especial el avanzado, se dispone a cambiar de giro en materia económica, social y financiera, con rumbo a una economía mixta más sólida y compleja que la erigida en la segunda posguerra, desmantelada tras la “revolución de los ricos” que han estudiado Carlos Tello y Jorge Ibarra, nosotros hacemos actos de fe por la austeridad, el gobierno renuncia a invertir y gastar más, y confía sobremanera en los efectos taumatúrgicos del libre comercio. Por ahí vamos a un receso más prolongado y a un empeoramiento de la cuestión social doblemente afectada por la caída económica y la carga de la enfermedad.

Las mañanas siguientes deberían ser de búsquedas audaces, que no se pueden fomentar en la auto satisfacción. Qué bueno que el presidente se reúna con los súper ricos, qué malo que no toquen el tema de la necesaria concertación en



torno a un programa nacional de rescate, recuperación y reconstrucción, como intenta hacerlo Biden y en Europa quieren arrancar.

No tenemos las mejores condiciones, pero, con todo, es necesario que el Congreso y su nueva legislatura encabecen algún giro, aunque sólo sea como primicia de una nueva retórica. La inversión quiere decir futuro, pero aquí parece que todo es pasado.